

antiguas, las piedras preciosas, los instrumentos de peso y medida, y otros utensilios, como collares, espejos, cascos, candelabros y lámparas.

Han sido organizados recientemente el Museo Etnográfico en el cual se halla una gran cantidad de objetos de los pueblos bárbaros y medio civilizados y entre los cuales vimos varios trajes y utensilios de nuestros indígenas mexicanos; y el Museo Prehistórico, en el que se hallan curiosamente clasificados objetos de la época prehistórica encontrados en Italia. Entre estos llaman la atención dos vasos de plata cincelados y grabados, con figuras de tipo egipcio de un trabajo muy delicado, y el magnífico formón de oro, de muy esmerada ejecución, con pequeñas figuras de leones, de esfinges y otros animales simbólicos.

CAPÍTULO OCTAVO.

El palacio Doria Panfili.—El palacio de Venecia.—El *Torlonia*.—La tumba de Publius Bibulus.—La iglesia del Jesús.

EN día sólo no basta para recorrer ligeramente con la vista las preciosidades que encierra el palacio *Doria Panfili*, cuya fachada menos principal limita al occidente la plaza en que está situado el Colegio Romano. No pudimos consagrar más tiempo á tan interesante visita, que volveremos á hacer en compañía del lector, quien estamos ciertos de que nos ha de agradecer la invitación.

La casa Doria es una de las más antiguas y más ilustres de Italia. Heredera de todos los bienes de los príncipes Panfili, ocupa hoy el palacio que lleva el nombre de las dos familias. Es acaso el más extenso y el más rico de la gran ciudad. Examinemos primeramente su espléndido exterior. Consta de tres suntuosas fachadas, la principal, por donde está el zaguán, es obra singularmente amanerada, pero grandiosa y de un gusto bizarro; tiene resaltes que sorprenden, tales como una cornisa que de trecho en trecho se desprende y se disloca como si hubiese sido movida por un temblor de tierra. Los capiteles de las columnas que adornan las puertas están decorados con flores de lis que no sustituyen bien á los acantos corintios. La fachada del Sur, que da sobre la plaza de Venecia, es de diverso estilo y se comprende que fué obra de otro artista. La que se prolonga sobre la plaza del Colegio Romano es notable por un magnífico vestíbulo

adornado con columnas de granito oriental sobre las cuales descansa una elegante bóveda.

Al interior del palacio se penetra por el lado del Corso y desde luego encanta la vista un hermoso patio cuadrangular cercado con elegantes corredores parecidos á las famosas logias del patio de San Dámaso en el Vaticano: se cree que fueron obra del afamado Bramante. Tomando el corredor de la derecha, al término de este se sube por una amplia escalera, y en el primer piso se encuentra el visitante en medio de una abundantísima colección de pinturas, compuesta de más de ochocientos cuadros, que si no todos son excelentes, hay entre ellos un considerable número que están clasificados como de primer orden. Exceptuando la capilla, oratorio de una elegancia exquisita, todo el palacio, comprendiendo la sala del trono, cuya magnificencia es verdaderamente regia, y el salón de baile, está destinado á la exposición de los cuadros y de los otros objetos de arte que posee la familia Doria.

Aun cuando la visita se hace extensiva á todos los salones, el lector se detendrá con nosotros principalmente en lo que se llama el *gran cuadrado*, ó sea en los salones que están formados en los amplios corredores cubiertos con cristales. Allí está el museo; allí está la verdadera riqueza de la galería. Antes demos una ojeada al magnífico salón que puede considerarse como la primera pieza y está adornado con diez y siete paisajes de grandes dimensiones. Allí se ve la naturaleza en todo su esplendor con los tintes y luces que sólo ha podido dar un pintor formado en la escuela del gran paisajista Nicolás Poussin. Pasemos á las salas de los corredores, y dejando al guía, entreguémonos á los transportes de admiración que produce la vista de tanta belleza. Desde luego quedaremos extasiados contemplando una soberbia Asunción de Aníbal Carracci, cuadro de la más animada ejecución, en que el pintor de Bolonia se excedió á sí mismo, acabando una obra superior á cuantas habían salido de su pincel. Una Sagrada Familia de Alberto Durer llamará en seguida nuestra atención, que vendrán á arrebatarnos después dos

magníficos retratos, uno de un gentilhomme, de Van Dyck, y otro de la célebre Olimpia Panfili, cuñada de Inocencio X.

No habremos acabado de examinar estas obras de tan ilustres maestros y se nos habrán ido los ojos á los bellos cuadros del pintor francés Claudio Lorrain. El del Molino es célebre, y en vida del pintor era reputado como su obra maestra. Es imposible figurarse una superficie plana con perspectivas más profundas, ni tampoco imaginar un sitio más noble y comarcas más dignas para servir de habitación á los héroes y á los dioses. Al ver esas encantadoras campiñas cree uno reconocer lugares que ha recorrido, y sin embargo, no existieron sino en la imaginación del artista.

Entraremos en un gabinete consagrado de una manera especial á los personajes de la familia Doria Panfili. Veremos el busto en mármol de la princesa María Doria y admiraremos dos asombrosos retratos, el de Andrés Doria, el ilustre almirante genovés, por Sebastián del Piombo, y el de Inocencio X, por Velázquez. Notable por el estilo, la dignidad y la fiereza, el retrato de Sebastián, preciso es convenir en que el de Velázquez tiene caracteres que impresionan muchísimo y hacen que se grabe más profundamente en la memoria. El que ha visto una vez el cuadro no dejará de reconocerlo inmediatamente en cualquiera copia. Cierto que nada se encuentra de ideal en la pintura, pero también lo es que en ella el naturalismo ha dicho su última palabra. No es necesario recurrir á la biografía del Pontífice para reconocer su carácter y sus pasiones á la vista del cuadro que le presenta como fué en lo físico y en lo moral.

Saldremos del gabinete para recrear la vista con un bellissimo grupo de la Sagrada Familia, de Sasso Ferrato, que brilla entre otros varios del mismo asunto, y nótese que hay dos magníficos que se atribuyen á Andrés del Sarto. La Virgen y San José están representados de medio cuerpo y el Niño, desnudo enteramente, se ve dormir un sueño tranquilo y delicioso, sentado en los brazos de su Madre. La entonación del cuadro es vigorosa, los toques firmes, el colorido

agradable y el conjunto no presenta la dureza en las tintas que se ha censurado al autor en otras de sus composiciones.

Las escuelas de pintura del Norte figuran también y no en escaso número, en la variada colección del palacio Doria. Y es curiosa la comparación entre las obras de los pintores de los Países Bajos y las del pincel italiano. La ingenuidad flamenca, la profundidad germánica se marcan perfectamente en Roma, cuyas obras nacionales se resienten á menudo de la inspiración pagana. Llamaremos la atención respecto de un solo cuadro de esa escuela; una Creación del mundo, por Breughel. El pintor ha representado todos los seres que debieron poblar las vírgenes florestas de la tierra en el principio. Cuadrúpedos, aves, peces, reptiles, insectos, árboles, flores y frutos; todas las producciones de la tierra en su tierna fecundidad están agrupadas en un solo cuadro con un brillo y con una frescura de colores incomparable, con esos tonos de atrevida crudeza que hacen aparecer el paisaje como adornado con incrustaciones de rubíes, de esmeraldas, de turquesas, de zafiros y de oro. Pintar con ese amor las razas reputadas inferiores y las pequeñísimas producciones de la naturaleza, nunca lo habría hecho un pintor romano.

Los cuadros de paisaje, como habrá observado el lector, abundan muchísimo en la colección Doria. No dejaremos de mencionar en este género otra bellísima composición del artista francés Claudio Lorrain, El Descanso en Egipto. Sentada la Virgen á orillas de un río, tiene en sus brazos al Niño Jesús que va á confiar por un momento á un ángel, compañero divino de su misterioso viaje: San José está colocando la albarda sobre el asno que ha de conducir tan preciosa carga. El paisaje es tranquilo, risueño y magnífico. El agua corre suavemente, los árboles de abundante follaje parecen moverse apenas á impulso de un blando zéfiro; el cielo es puro, y los dorados horizontes invitan al poeta á los viajes sin límites de la imaginación.

No saldremos de la galería sin admirar dos cuadros notabilísimos. La Virtud coronada por la Gloria, obra curiosa en la cual Corregio quiso dar á conocer cómo trabajaba, pre-

sentando cubierta sólo la mitad de la tela, y haciendo aparecer una de las cabezas dibujada á lápiz, otra parte de la composición como en bosquejo y otra casi acabada. Es un estudio muy interesante para los amadores, y sobre todo para los artistas. El otro cuadro es el Sacrificio de Abraham, por el Ticiano. Al vigor de la entonación y á la brillantez del colorido, une el mérito de las más escogidas formas y de una composición de lo más bella.

Antes de abandonar el palacio echemos una ojeada á los broncees antiguos, al Centauro esculpido en pórfido rojo, descubierta no hace muchos años en Albano, y al busto de Doña Olimpia, ejecutado por el Bernini; precioso mármol en que todavía respira aquella feroz y voluptuosa dama de la familia Panfilii.

Hemos llegado al término de la que parece interminable avenida del Corso, la plaza de Venecia. Llámase así seguramente por estar edificado en ella el gigantesco palacio de este nombre, construido en 1468 en tiempo de Paulo II, en gran parte con materiales procedentes de las ruinas del Colosseo. El edificio es majestuoso pero de sombrío aspecto, y se ve mal incrustado en las calles de la ciudad, pareciendo más apropiada su construcción para estar situado en la cumbre de una montaña. Más que palacio es un castillo feudal de severísima apariencia; coronado de almenas y flanqueado por torreones, de los cuales solamente uno fué acabado por entero.

Algunos Papas habitaron este palacio, que también sirvió de alojamiento á Carlos VIII Rey de Francia, en 1498, cuando fué á conquistar el entonces reino de Nápoles. Clemente VIII lo cedió á la República de Venecia. Hoy pertenece al Emperador de Austria y sirve de residencia á su legación.

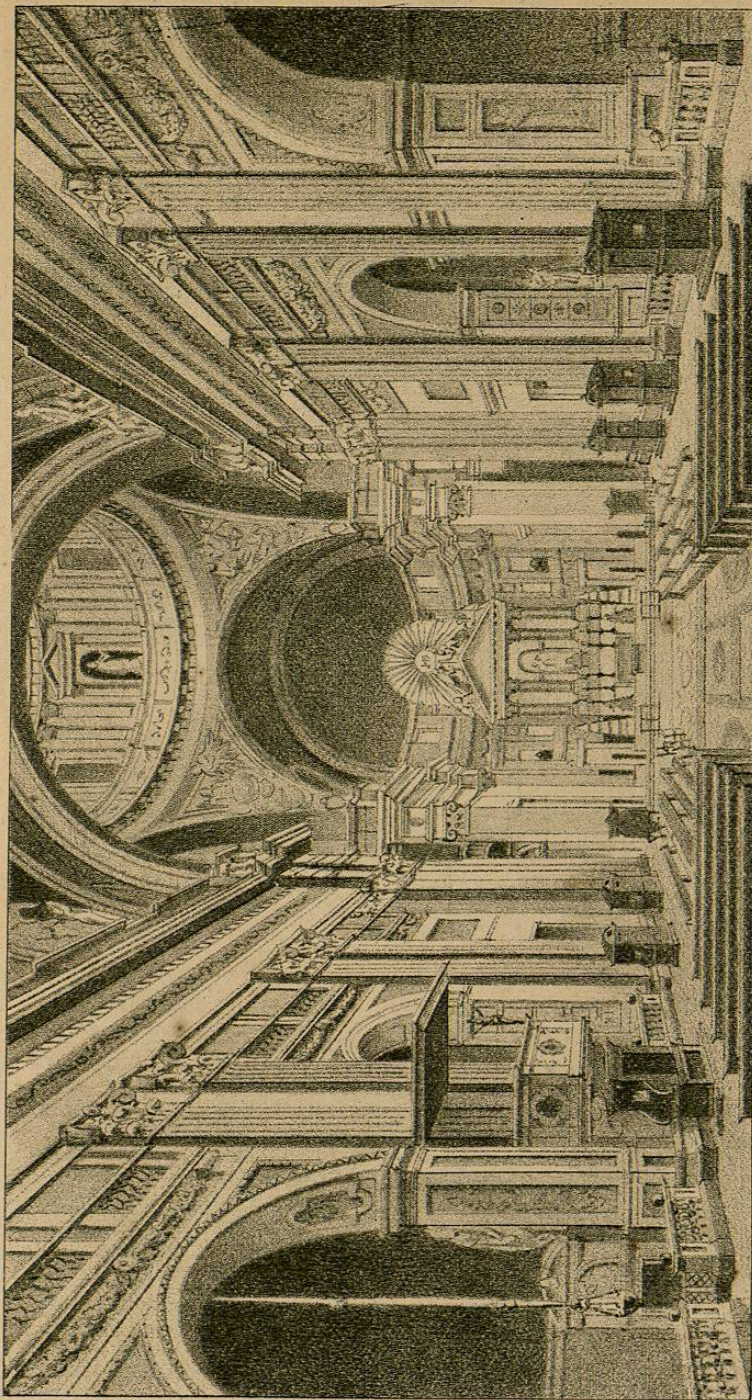
A la derecha de la plaza de Venecia está el magnífico palacio Torlonia, que construido según el dibujo de Carlos Fontana, fué embellecido por el Duque Juan Torlonia no hace muchos años. Su actual poseedor, el Príncipe Alejandro, lo ha mejorado notablemente, enriqueciéndolo de tal manera que figura en la actualidad entre los más elegantes

palacios de Roma. Contiene un teatro, un hipódromo y una galería de cuadros de autores célebres y de esculturas antiguas. Todos sus departamentos amueblados con riqueza y buen gusto, están decorados con pinturas de los más afamados artistas modernos. Encierra una gran joya artística, el bello grupo colosal de Hércules y Licas, obra del inmortal Canova.

Es necesario, atravesando la plaza de Venecia, después de recorrer la calle de San Marcos, dar vuelta á la de *Marforio* para visitar un monumento antiguo que ofrece grande interés por ser el mejor conservado de la época de la República romana. Es la tumba de *Poblicius Bibulus*, edil del pueblo, construida en el sitio que fué cedido para tal objeto por el Senado y la ciudad, en consideración á los méritos de aquel ciudadano. Así lo manifiesta la inscripción que allí se lee. Está construido el monumento con travertino, y lo adornan cuatro pilastras coronadas por una bella cornisa. Hay una particularidad en las pilastras, que de la mitad á la parte superior va disminuyendo gradualmente su anchura.

Retrocederemos á la plaza y tomando la calle nombrada del Jesús, nos encontraremos delante de la fachada de la suntuosa iglesia de este nombre, una de las más ricas de la Ciudad Eterna. El exterior es severo y sencillo; adornan la fachada principal dos órdenes de columnas corintias y compuestas. Penetremos en el interior.

Sorprendente es en verdad el aspecto que ofrece esta iglesia en su riquísima decoración de pilastras de orden compuesto, de dorados, estucos, de esculturas en mármol y de bellas pinturas. Construida en 1575 bajo la dirección del célebre Vignola, fué terminada por su discípulo Jacobo de la Porta. Las pilastras que eran de mampostería, fueron revestidas de mármoles en 1861 á expensas del príncipe Alejandro Torlonia, quien costeó además algunos otros preciosos adornos que embellecen el templo. Larga obra sería la relación minuciosa de todo lo que forma la suntuosa ornamentación interior de esta iglesia, en la cual la Compañía de Jesús empleó fuertes sumas; como que destinaba el tem-



INTERIOR DE LA IGLESIA DE JESUS.

plo para sepultar en él los venerables restos de su ilustre fundador. Con excepción de San Pedro, en ninguna iglesia de Roma se encuentra un lujo de decoración como el que brilla en las bóvedas del Jesús. Frescos admirables adornados con elegantísimos marcos de estuco sostenidos por colosales estatuas de espíritus angélicos en bellísima forma humana, y por representaciones femeniles ó masculinas de las virtudes cristianas, ostentando los respectivos atributos; abultadas cornisas, magníficos relieves, artísticas molduras, soberbios rosetones; todo lo que el arte de la decoración tiene de más bello, de más grandioso, se admira en esas espléndidas bóvedas y en la cúpula del Jesús.

El altar mayor con sus cuatro columnas de amarillo antiguo, con un bellissimo cuadro de la Crucifixión, notable por la perfección en el dibujo, con la gran tumba del Cardenal Belarmino que está á la derecha; con los otros detalles de ornamentación que lo hermosean, forma un asombroso conjunto digno de limitar la sorprendente perspectiva que ofrece á la entrada la magnífica iglesia.

Pero el extraordinario lujo y la pasmosa riqueza del templo se halla en las dos capillas del crucero, en las que no se sabe qué admirar; si la belleza del dibujo en la forma de los altares, ó la preciosidad de los mármoles de que están revestidos; si la elegancia y cincelado de los metales, ó el valor de la plata y de los bronce empleados en estatuas, en candelabros, en urnas; si la esplendidez de las esculturas, ó la magnificencia de los cuadros. En la capilla de la derecha, el altar consagrado á San Francisco Javier ostenta una bellissima pintura de la muerte del santo, por Carlos Maratta, cuyas excelentes obras son bien conocidas del lector. La de la derecha es el gran monumento levantado por los hijos de Loyola á su insigne fundador. Es la tumba más rica tal vez que se haya erigido á hombre mortal. Asómbrese el lector cuando sepa que las cuatro columnas del altar que reciben un soberbio frontón de mármoles preciosísimos, han sido cubiertas de la base al capitel con lápiz-lázuli; ¡y tienen como seis metros de elevación! Sabido es que el lápiz-lázuli es á

las piedras de construcción y de ornato, lo que el diamante á las de joyería. Concíbese, por otra parte, la belleza de esas columnas, revestidas de ese azul purísimo y transparente, acanaladas con incrustaciones de bronce dorado; siendo del mismo metal las bases y los capiteles. El frontón que descansa en las columnas está realzado con un magnífico relieve que representa á la Trinidad Augusta. En el centro del altar el cuadro de San Ignacio, obra del artista de la Compañía, el P. Pozzi. Delante, una estatua del santo, de plata pura, y debajo de la mesa del sacrificio, la elegantísima urna de bronce y piedras preciosas que encierra las sagradas reliquias del hombre extraordinario á quien tanto deben la Iglesia y la civilización. Como emblemas del doble ministerio ejercido por el fundador de la Compañía de Jesús en el mundo, á los lados del altar se destacan de las paredes dos grupos en mármol; uno representa á la Fe civilizando con la cruz á los salvajes y en el otro se ve á la Religión confundiendo á la herejía. El primero fué esculpido por Juan Teudon y el segundo por Le Gros. Dos magníficos candelabros de bronce de gran tamaño adornados con estatuas de ángeles de primorosa cinceladura se hallan colocados delante de los grupos, y un soberbio balaustrado del mismo metal cierra la entrada de la capilla.

Salgamos de ella, después de arrodillarnos delante del altar, elevando nuestras preces á la Trinidad Augusta por intercesión del santo que en su vida y después de ella ha procurado siempre la mayor gloria de Dios.

CAPÍTULO NOVENO.

El Monte Capitolino.—Primeras impresiones.—El antiguo Capitolio.—El Capitolio moderno.—La estatua de Marco Aurelio.—El Palacio Senatorial.—El de los Conservadores.—El Museo Capitolino.

PARTIENDO de la plaza del Jesús en dirección al Sudeste, se halla el visitante en la falda de la colina que se llamó el Monte Capitolino y á corta distancia del celebrado Capitolio.

Cuando se va subiendo á la colina por el camino que llevaban los triunfadores, cree uno encontrarse un espacio inmenso cubierto con monumentos de imponente aspecto, defendido por fortalezas y rodeado de precipicios, se siente uno como sobrecogido de asombro de lo que verá; y sin embargo, ese famoso monte, centro del imperio romano, ese monte que habitó Saturno el padre de los dioses y sobre el cual disparó sus rayos Júpiter, cuyo maravilloso templo estaba revestido de bronce dorado; esa montaña santa que prometía á Roma ser la capital del mundo, no es sino una pequeña colina elevada solamente cuarenta metros sobre el nivel del mar, que nunca se creará ser la misma que sirvió de inaccesible ciudadela á los señores del mundo.

El desencanto que produce la vista del Capitolio moderno, que los romanos de hoy llaman con el prosaico nombre de *Campidoglio*, (campo de aceite) hace detener al viajero al pie de la gran escalera construida por Paulo III, y le obliga á reconstruir en su imaginación ese formidable sitio, apartando la vista de lo que tiene delante para contemplar en los